

INTRODUCCIÓN

Una cuestión polémica

La Revolución mexicana es una problemática sobre la que se ha producido mucha y muy variada literatura. El interés por ella por parte de los investigadores sociales ha sido tan extraordinario que, a pesar del tiempo transcurrido, sigue produciendo fuertes controversias. Esto es así hasta el punto de que ochenta años después de su inicio, el Comité Mexicano de Ciencias Sociales, a la hora de organizar un Simposio de Historiografía Americanista, dedicaba uno de sus apartados a debatir esta cuestión, con la participación de cuatro destacados especialistas: Alan Knight, Alicia Hernández Chávez, Gloria Villegas y Javier Garcíadiego¹.

Un proceso tan largo² y complejo, con tantos frentes e implicaciones en distintos campos (desde el político al social pasando por la problemática religiosa, el agrarismo o las relaciones internacionales, entre otros), no podía sino dar lugar a una profusión de obras tal, que resulta casi imposible llegar al conocimiento de todas ellas. Pero es que, además, la Revolución mexicana es uno de esos procesos históricos que, desbordando con creces el mundo de las ciencias sociales que les es propio, consiguen, de una u otra forma, llegar al ámbito popular y permanecer en la memoria colectiva despertando tal interés en amplios sectores de la sociedad, que han sido abordados también con profusión en géneros como la narrativa o el cine. A través de estos medios esos procesos alcanzan aún mayor eco; aunque, eso sí, debido también a ellos, en muchas ocasiones han llegado a la sociedad que no los vivió desfigurados y convertidos casi en leyenda. Esto ha ocurrido, desde luego, con la Revolución mexicana que, en el paso del campo científico al popular, ha sido muchas veces falseada y bastante mitificada

¹ El Simposio se celebró en octubre de 1988 y el citado debate fue publicado en *Memorias del Simposio de Historiografía Mexicanista*. Comité Mexicano de Ciencias Históricas-Gobierno del Estado de Morelos-Instituto de Investigaciones Históricas. UNAM, México, 1990.

² Uno de los problemas que todavía hoy se debaten es el del periodo que abarca.

Pero lo cierto es que su mitificación no se ha debido sólo a esos medios, ya que parte de la bibliografía considerada científica sobre la cuestión estuvo marcada, desde el principio, por el claro partidismo de muchos de sus autores. La historiografía sobre la Revolución ha experimentado importantes variaciones en cuanto a su enfoque y tratamiento a lo largo de los años; Alan Knight³ ha llegado a hablar, en este sentido, de verdaderas generaciones historiográficas. Se esté de acuerdo o no con esa afirmación, hay algo que parece evidente: el carácter de la bibliografía existente está determinado, en gran parte, por el hecho de que sus autores la vivieran o no.

En el caso de la producida en México, en una primera etapa, entre las décadas de 1920 y 1960, se centró, esencialmente, en las cuestiones políticas en torno a la caída del presidente Porfirio Díaz y al inicio de la sublevación en 1910; ambos aspectos fueron tratados, sin embargo, desde perspectivas muy diferentes. La mayor parte de los libros editados en esos años se debieron a autores que vivieron directamente la Revolución y que, en consecuencia, estuvieron comprometidos, de una u otra forma, con ella o, por el contrario, con el porfiriato; su implicación ideológica impidió a unos y a otros ser objetivos en el tratamiento de la problemática.

Dos ejemplos claros de esta etapa pueden ser la obras de Francisco Bulnes *El verdadero Díaz y la Revolución*⁴ o, en el campo contrario, la *Historia Política de la Revolución Mexicana* de Miguel Alessio Robles⁵. A ellas habría que añadir un número importante de publicaciones, debidas a una serie de figuras que habían tomado parte en los acontecimientos como protagonistas directos. Entre ellos podríamos citar a José de Vasconcelos⁶, que fue ministro de educación, Federico González Garza⁷, presidente provisional, o Álvaro Obregón⁸, uno de los mejores generales de la Revolución y más tarde presidente de la república.

Escritas por los protagonistas del proceso, ninguna de las obras de esa época se acercan a lo que hoy consideramos una historia científica de la Revolución⁹. El problema es que la falta de objetividad no sólo afectó a la historiografía mexicana sino también a la internacional; los más tempranos estudios norteamericanos, los segundos en cuanto a número en abordar la problemática, fueron algo más críticos a la hora de repudiar la violencia generada por el proceso insurreccional; pero casi todos se acercaron a él im-

³ «Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana». En *Memorias del Simposio...*, págs. 193-210.

⁴ Ed. Gómez de la Puente, México, 1920.

⁵ Ediciones Botas, México, 1938.

⁶ *Ulises Criollo: la vida del autor escrita por él mismo*. Ed. Botas, México, 1935.

⁷ *La Revolución Mexicana. Mi contribución política y literaria*. Bosque Impresor, México DF., 1936.

⁸ *Ocho mil kilómetros en campaña*. Ed. La Vda. de C. Bouret, Paris-México, 1917.

⁹ POTASH, Robert A.: «Historiografía del México independiente». En *Historia Mexicana*, Vol. X, n.º 3, Enero-Marzo de 1961, pág. 398.

buidos de la misma imagen que tenía un sector importante de los mexicanos: la de un extraordinario movimiento popular y campesino que se revuelve contra un régimen injusto. Es el caso de autores como John Kenneth Turner¹⁰ y, algo más tarde, de Ernest Gruening¹¹ o Frank Tannebaum¹².

En la década de 1960 aparecieron, a uno y otro lado de la frontera, una serie de libros de autores que no habían vivido la Revolución y que pretendieron acercarse a ella con mayor rigor y objetividad; pero no sólo no lo lograron por completo sino que contribuyeron a la mitificación y a la transmisión de la imagen aportada por los primeros autores, la de una revolución popular, agrarista y básicamente campesina que, durante muchos años, será la oficial del proceso; una imagen que implicaba su defensa y la crítica al régimen porfiriano¹³.

Habría que esperar a la década de 1970 para que la producción historiográfica sobre la Revolución comenzara realmente a observar el proceso con cierto rigor y espíritu crítico. Desde entonces se han publicado multitud de estudios que han ido profundizando en los diversos aspectos de la problemática y que, al menos en teoría, pueden ayudarnos a conocer, cada vez mejor, lo que fue realmente el movimiento revolucionario y, lo que es quizás más importante, lo que ha significado para la historia mexicana posterior.

No obstante, la existencia de esos estudios no sólo no ha acabado con las polémicas sino que podría decirse, incluso, que las ha agudizado, comenzando ya a la hora de definir el propio carácter del fenómeno; todavía hoy los científicos sociales discuten cuestiones tan esenciales como, por ejemplo, si se trató de una revolución esencialmente agrarista o fundamentalmente política. Como afirma Alan Knight en el trabajo ya citado, «hoy sabemos mucho más acerca de la Revolución que hace veinte años. Pero nuestro entendimiento de la Revolución en su totalidad no ha mejorado en proporción»; según este autor, hoy sigue siendo válida, en gran parte, la imagen que muchos de los autores antiguos nos transmitieron: la de «una revolución agraria y popular, que derrocó a un antiguo régimen carente de legitimidad y que fomentó cambios decisivos en la sociedad mexicana»¹⁴.

En este sentido el caso español no sería muy diferente; si examinamos la bibliografía peninsular del primer cuarto del siglo XX, veremos que tampoco en la antigua metrópoli el proceso fue observado con objetividad; las interpretaciones que de él se hicieron se vieron afectadas por los mismos en-

¹⁰ Ver en este sentido TURNER, John Kenneth: *Barbarous Mexico*. C. H. Kew & Company, Chicago, 1911.

¹¹ *Mexico and its heritage*. The Century co., Nueva York y Londres, 1928.

¹² Ver, por ejemplo, *The Mexican Agrarian Revolution*, by TANNENBAUM, Frank. The Brooking Institution. Washington DC., 1930, o *Peace and Revolution. An interpretation of Mexico Drawings* by COVARRUBIAS, Miguel. Columbia University Press, 1933.

¹³ KNIGHT: «Interpretaciones recientes de.....», pág. 193.

¹⁴ *Ibidem*, pág. 205.

frentamientos ideológicos que las de los propios mexicanos, aunque implicaran a sectores más reducidos de la sociedad y el tono de los debates al respecto, como es lógico, alcanzara menos virulencia. Así, si en 1886 Ramón Elices Montes, en su obra *Cuatro años en Méjico. Memorias íntimas de un periodista español*¹⁵, elogiaba, a veces sin medida, a Porfirio Díaz y a su régimen «de paz y progreso», una vez iniciado el levantamiento la mayor parte de los intelectuales que escribieron sobre aquel país lo hicieron desde una postura ideológica radicalmente diferente.

Desde el inicio del movimiento revolucionario hasta 1920 los intelectuales españoles y latinoamericanos sólo expresaron sus opiniones sobre aquél a través de la prensa. Pero en la década de 1920 comenzaron a publicar una serie de obras que no pretendían, en absoluto, ser científicas, en las que ofrecieron su visión sobre México y su Revolución. Casi todos esos autores rechazaban abiertamente, como habían hecho los norteamericanos, algunas de sus múltiples facetas: «el fanatismo» antirreligioso de parte de sus líderes o la violencia «gratuita» ejercida por algunos de los que se llamaban revolucionarios. Pese a ello, en su mayor parte defendieron la Revolución en su conjunto; y, desde luego, la unanimidad fue casi total a la hora de juzgar el papel jugado por los Estados Unidos a lo largo de todo el conflicto.

En este caso se encontraban, por ejemplo, José María Albiñana¹⁶ o los hermanos Blanco Fombona¹⁷; pero sería el periodista anarquista Luis Araquistain¹⁸ el que, entre ellos, haría la mejor defensa de la Revolución y de su iniciador, Francisco Madero. Una perspectiva muy diferente, no obstante, era la que ofrecía Vicente Blasco Ibáñez¹⁹ en una serie de artículos publicados en distintos periódicos estadounidenses y editados en un volumen en 1920; el destacado escritor no sólo se apartó de esa línea sino que en sus artículos hacía detallada relación de todos los «males» que, según él, había traído la Revolución. Entre ellos destacaba, especialmente, el militarismo que la lucha armada había engendrado en la sociedad mexicana y el caos económico ocasionado por la larga contienda, males a los que, a su juicio, los sucesivos dirigentes no habían sabido hacer frente.

Al igual que ocurría con los mexicanos, ninguno de estos autores puede considerarse como un «observador imparcial», capaz de darnos una vi-

¹⁵ Imp. Viuda de J. M. Pérez, Madrid 1885.

¹⁶ *Bajo el cielo mejicano*. Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, Madrid, 1930.

¹⁷ Ver, por ejemplo, BLANCO-FOMBONA, Horacio: *Crímenes del imperialismo norteamericano*. Ed. Churubusco, México, 1929, o *Panoramas mejicanos*. Ed. Renacimiento, Madrid, 1929. Ver también BLANCO-FOMBONA, Rufino: prólogo a *El crimen de Woodrow Wilson: su contubernio con Villa: sus atentados en Santo Domingo: su régimen corruptor en Nicaragua: los dos polos de la diplomacia yanqui: la hipocresía y el miedo*, de PEREYRA, Carlos. Ed. América, Madrid, 1917.

¹⁸ *La Revolución Mejicana. Sus orígenes. Sus hombres. Su obra*. Ed. Blass S.A., Madrid, 1929.

¹⁹ *El militarismo mejicano: Estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos*. Ed. Prometeo Valencia, 1920.

sión aséptica como han pretendido hacer los científicos sociales en los últimos 30 años. Son sólo una muestra de cómo los intelectuales hispanos, con su carga ideológica, vieron la Revolución. Si su visión fue o no compartida por sectores más amplios de la población es el objetivo esencial de este trabajo, ya que determinados procesos históricos trascienden más por la percepción que se tiene de ellos y el impacto que producen en las conciencias colectivas que por su propia realidad.

El interés por conocer esa percepción acerca de determinados procesos históricos que logran calar en sectores más o menos populares de la sociedad, me llevó, hace tiempo, a utilizar la prensa periódica como fuente para el estudio de la historia. Comencé a hacerlo, hace ya años, precisamente con un breve estudio sobre la Revolución mexicana, para pasar después a otras cuestiones como la relativa a la pérdida de las últimas colonias americanas por parte de España. Y a medida que me fui adentrando en este tipo de investigación fue mayor mi convencimiento de que, aunque puedan existir serias discrepancias entre la realidad de un determinado proceso histórico y la percepción que sus coetáneos tuvieron de él, este último aspecto resulta esencial para la conformación de la mentalidad —o mentalidades— colectivas y que, por lo tanto, no puede ser ignorado por el simple hecho de que no responda de manera exacta a esa realidad.

En este caso concreto, además, en el de la Revolución mexicana, me resultaba especialmente interesante esta visión tanto por el deseo de conocer hasta qué punto el país se interesaba por una parte del mundo al que tan ligado estuvo en otro tiempo, como por la repetición de la intervención norteamericana en una antigua colonia española. Al margen de su expansión territorial a costa de México, todos sabemos que el inicio de la política intervencionista de los Estados Unidos en América Latina había tenido lugar con una guerra con España, la guerra de Cuba. Esa intervención abrió graves heridas en el «orgullo nacional» y provocó duras críticas en los periódicos españoles de la época, en cuyas páginas quedó reflejada, de manera patente, la incomprensión con que desde aquí se vivió el proceso²⁰. Tras estudiar esas reacciones en el caso de Cuba, me parecía del mayor interés conocer si, al tratarse de una situación diferente, de un territorio perdido para España hacía ya mucho tiempo, las reacciones a la nueva intromisión estadounidense eran o no diferentes.

Este trabajo, por tanto, no pretende analizar la Revolución mexicana en sí misma, sus causas o consecuencias, algo que, por otra parte, y como hemos visto, ha dado lugar a amplias y variadas corrientes historiográficas; tampoco viene a aclarar cuestiones sobre ella que hoy siguen en discusión. Propone, por el contrario, una vuelta atrás, un retroceso a la etapa en que el

²⁰ Ver sobre ello SEVILLA SOLER, Rosario: «La intervención norteamericana en Cuba y la Opinión pública andaluza» En *Anuario de Estudios Americanos*, XLIII, Págs. 469-506. Sevilla, 1986.

proceso era visto de forma totalmente subjetiva; aunque eso sí, desde un punto de vista diferente al de los propios mexicanos. Se trataría, en este caso, de observar la Revolución tal y como se vivió desde España, algunos de cuyos ciudadanos también se vieron implicados directamente en ella; y más concretamente desde una zona de la península tan ligada en otro tiempo a América como Andalucía. Su objetivo sería, por tanto, intentar conocer cómo la sociedad española, y en concreto la sevillana, vio y sintió aquel proceso; y la documentación esencial para ello es, desde luego, la prensa periódica.

Su utilización como fuente para el estudio de la historia ha sido, con frecuencia, despreciada por un amplio sector de historiadores que, por una parte, la han considerado incompleta y, por otra, poco veraz y objetiva. La primera de estas críticas es, desde luego, indiscutible, sobre todo porque los periódicos no siempre prestan la atención que los investigadores pensamos que merecen ciertas problemáticas. Esto sucede, claramente, en este caso, cuando parecían más interesados no sólo en los problemas de la política nacional, que eran muchos, sino incluso en otros internacionales que consideraban que afectaban más directamente al país. El resultado es que las informaciones sobre la Revolución mexicana fueron, en conjunto, bastantes escasas. Pero también es cierto que ocurre lo mismo, aunque sea en menor grado, con otro tipo de fuentes.

Por lo que se refiere a la segunda crítica su veracidad es, también, indudable. Si hoy día es frecuente observar en las páginas de los distintos diarios formas muy diferentes de presentar los mismos hechos en función de la ideología o los intereses que sustentan a cada uno de ellos, el problema se agrava cuando la problemática a analizar corresponde a épocas en las que los medios estaban sometidos a censura, o a aquellas otras en que predominaba la prensa doctrinal y en las que las dificultades en las comunicaciones ocasionaban, por sí solas, una serie de deformaciones ajenas a la voluntad de los periodistas o de las propias «empresas» periodísticas.

Es evidente, y esto es algo conocido por todos, que a la hora de utilizar la prensa como fuente para la investigación histórica hay que tener en cuenta la ideología política de cada periódico, muchas veces decisiva para la versión que presenta sobre cuestiones con las que se siente más o menos comprometido. En este aspecto un sector de la prensa tiende a reflejar en sus páginas la política que su gobierno sigue ante algunos procesos. Como ejemplo de esto, Jaime Delgado²¹ señala que dos de los periódicos que utilizó para su estudio sobre la independencia americana en la prensa española, *El Observador* de Cádiz y *La Gaceta* de Madrid, reproducían fielmente la actitud de la administración española ante el problema de la independencia de los territorios ultramarinos.

²¹ DELGADO, Jaime: *La Independencia de América en la Prensa Española*. Cuadernos Monográficos, Madrid, 1944.

Por el contrario, el director del periódico podía tener una ideología política distinta a la de su gobierno e, incluso, estar comprometido abiertamente con ella, por lo que, si existía libertad de imprenta, su pensamiento se dejaría sentir de manera clara en las páginas de su publicación, criticando, a veces con palabras muy duras, la posición oficial de las autoridades frente a una problemática concreta y reflejando, a su vez, los sentimientos de un sector del público respecto a la política del gobierno de su país. Este es el caso, por ejemplo, de *El Español* y *El Conciso*, utilizados también por Delgado en la obra mencionada. Lo mismo ocurre con *El Despertador Americano*, *El Diario Político y Militar Mexicano*, y otros rotativos utilizados por Miquel i Vergés en su estudio sobre la prensa insurgente mexicana²².

Por otra parte, en ocasiones —pasa también hoy— la prensa recoge simples rumores que nunca se confirman. Incluso en la actualidad, cuando las comunicaciones son tan fáciles, el deseo de ofrecer las noticias al público antes que los posibles competidores lleva a algunos periódicos a publicarlas sin tiempo para comprobar si son ciertas o no. Esto, desde luego, no tendría que ser un problema si al comprobarse que esos rumores son falsos o al no confirmarse la noticia en cuestión, se rectificara en los días posteriores; pero todos sabemos que a veces se «olvidan» de hacerlo, confundiendo a los que pretenden seguir una problemática concreta. En el caso de la Revolución mexicana, por ejemplo, en los diarios de todo el mundo se habló varias veces de supuestos asesinatos de Francisco Villa totalmente carentes de fundamento, y que no siempre se desmintieron.

Con todo ello, parece claro que el valor de la prensa como fuente para el estudio de la historia es siempre relativo; pero lo cierto es que esto ocurre también en muchos casos —como sucede, como ya hemos dicho, en el que nos ocupa—, con la historiografía supuestamente científica. Además, el hecho de que nos ofrezca sólo versiones incompletas y sesgadas de los procesos no anula, por completo, su valor para la investigación histórica²³, ya que la historia es algo más que la estricta reconstrucción de los «hechos». En es-

²² MIQUEL I VERGÉS, J. M.: *La Independencia Mexicana y la Prensa Insurgente*. El Colegio de México, México, 1941.

²³ Muestra de ello son una serie de trabajos importantes que tratan temas históricos a través de prensa, entre los que podrían citarse *La Opinión Pública española y la Independencia Hispano Americana*, de ENCISO, Miguel (Valladolid, 1967); *Les Idées sur L'Amérique Latine dans la presse espagnole entour de 1900*, de Guy-Alain DUGAST (Lille, 1971); *Románticos y Socialistas. Prensa Española del siglo XIX*, de ZAVALA, Iris M. (Madrid, 1972); ELORZA, Antonio: «Con la marcha de Cádiz: imágenes españolas de la guerra de la independencia cubana», *Estudios de Historia Social*, 44-47, 1988, págs. 327-386; HILTON, Sylvia L.: «The Spanish-American war of 1898: Queries into the relationship between the press, public opinion and politics», *REDEN, Revista Española de Estudios Norteamericanos*, n.º 7, Madrid, 1994, págs. 70-87; RUIZ ACOSTA, M.ª José: *Hispanoamérica en la Prensa sevillana. El reflejo público de una crisis. 1898-1914*. Área de Cultura del Ayuntamiento de Sevilla, Sevilla, 1997, o LAZO, Alfonso: *La iglesia, la falange y el fascismo: Un estudio sobre la prensa española de posguerra*. Universidad de Sevilla, 1998.

te sentido, en palabras de Alfonso Braojos, «la prensa alcanzó hace tiempo la condición de fuente documental —de imprescindible consulta— (ya sea fruto de la imparcialidad más ecuánime, ya del subjetivismo más intencionado, en el plano político, o incluso en el de la creación literaria) en función de lo necesario de acudir tanto a informaciones de primera mano como a determinar las corrientes de opinión exteriorizadas en cada instante...»²⁴.

Este valor es aún mayor en las épocas en que se disfruta de libertad de imprenta, pues si bien mientras que existe la censura sólo puede observarse en las publicaciones periódicas la versión oficial de los gobiernos respectivos, sea o no cierta, cuando desaparecen las trabas legales las opiniones reflejadas en la prensa se multiplican de acuerdo con las ideas reales de sectores más o menos amplios de la sociedad. Como afirma Antonio Espina, «el periódico diario constituye su espejo. Anota los hechos, registra las ideas, explica las cosas, informa, recoge y condensa tendencias colectivas. En suma, se crea el orden natural de una fuerza común incontrastable: la opinión pública. Era lógico que, una vez descubierto el valor extraordinario de la prensa, todos los representantes de los grandes intereses espirituales y materiales tratasen de aprovecharla en su servicio. Pero llegó el momento en que el instrumento se hizo superior a sus manipulaciones. Entonces el gran diario acaba absorbiendo al individuo y a toda clase de designios singulares, para instalar en plena vida y al aire libre su función plural y adquirir su máximo desarrollo»²⁵.

A través de la prensa podemos ver, como ocurre con la obra de Miquel i Vergés, por ejemplo, las ideas de determinado grupo —en su caso de los independentistas mexicanos— y los medios de propaganda que empleaba para atraer prosélitos a su causa; en ese aspecto la prensa resulta fundamental a la hora de estudiar los mecanismos de dominación ideológica utilizados por determinadas élites económicas o sociales.

Por otra parte, también a través de los periódicos podemos observar las distintas opiniones que existían sobre una problemática determinada en función de la ideología de cada periódico, opiniones que, en ocasiones, como ocurre con *El Observador* y *El Español* utilizados en su estudio por Jaime Delgado, parecen llevar los problemas relativos a la independencia iberoamericana al campo de los enfrentamientos políticos personales. Al mismo tiempo, a veces podemos analizar, como lo intenta Delgado en esa obra, el impacto que un determinado fenómeno produce entre la población, o en un sector más o menos limitado de la misma, y la evolución, los cambios sufridos por esa impresión al pasar el tiempo.

²⁴ «Catalogación, informatización y análisis de la prensa iberoamericana en España. Objetivo y balance de una investigación». *Revista de Extremadura*, n.º 10, Enero-Abril 1993, págs. 33-42. Cit. por RUIZ ACOSTA, M^a JOSÉ en *Sevilla e Hispanoamérica. Prensa y Opinión Pública tras el desastre del 98*. EEHA-CSIC, Sevilla, 1996, págs. 16-17.

²⁵ ESPINA, Antonio: *El Cuarto Poder*. Libertarias/Prodhufi, Madrid, 1993, pág. 123.

Por último, la prensa puede servirnos también para, al margen de ideologías políticas, estudiar los hechos no ya como ocurrieron, pues las publicaciones periódicas en este punto se alejan con frecuencia de la verdad por falta de fuentes fidedignas, sino tal y como se presentaron y fueron percibidos por un sector de la población determinado, en este caso los lectores sevillanos, cuya única fuente para conocer los sucesos que se estaban desarrollando en México fue la prensa diaria; y también, en definitiva, el mayor o menor interés de este sector por la problemática en cuestión.

Si, como ya hemos señalado, después de tantos años la supuesta literatura científica nos da puntos de vista tan dispares del proceso y la imagen que seguimos teniendo de él es la que nos dieron los primeros autores, no tenemos más remedio que concluir que no podemos menospreciar la visión de los contemporáneos por mucho que hoy las corrientes historiográficas pretendan hacerlo; sobre todo porque el fenómeno, tal y como nos fue transmitido por aquéllos, ha trascendido más allá del campo de los especialistas, popularizado a través de medios como la novela, el cine o la música popular; en este sentido la prensa es un medio más, como la novela, el cine o las publicaciones de los contemporáneos, para observar el proceso no como se desarrolló en su momento, sus causas o consecuencias, sino como lo vieron determinados grupos sociales; y también para evaluar en qué forma pasó, si es que lo hizo, a formar parte de la memoria colectiva.

Las obras de los intelectuales españoles contemporáneos del movimiento revolucionario de que ya hemos hablado pueden ser una ayuda considerable al realizar un trabajo de este tipo, en cuanto que reflejan la visión que una parte concreta de la sociedad tuvo del México de la época; pero se trataría sólo de la de un grupo muy reducido, en función de la limitada influencia que el libro como tal podía tener en la España de aquellos años. Por otro lado, la mayoría de sus publicaciones no aparecieron hasta la década de 1920, cuando ya sectores más amplios de la población habían recibido la imagen que desde 1910 les había transmitido la prensa periódica que, en consecuencia, tiene que convertirse en la fuente primaria esencial para intentar comprender cómo la sociedad andaluza vio y vivió los sucesos que se estaban desarrollando en México.

Sólo a través de ella —con sus aciertos, sus errores y sus lagunas— podemos llegar a conocer lo que se transmitió a los sevillanos en aquellos años en relación con el proceso revolucionario mexicano y, en consecuencia, las opiniones que éstos pudieron formarse al respecto; gracias a ella podemos ver, también, si en la España del primer cuarto de siglo xx hubo una o varias visiones del proceso en función de los condicionamientos ideológicos y, en definitiva, si hubo o no intentos por parte de determinados dirigentes políticos y sociales por crear opinión sobre él y hasta qué punto lo consiguieron.

Siendo la prensa el único medio que se ocupó desde el principio de la Revolución, es también ella, con sus defectos y virtudes, la única fuente capaz de indicarnos, aunque sólo sea en parte, el estado de la opinión pública

a lo largo del tiempo en que se produce aquélla. Al margen de los errores históricos que pueda presentar en relación con los documentos oficiales o con los múltiples estudios científicos de los últimos años, las publicaciones periódicas resultan fundamentales para intentar captar la imagen que la sociedad española recibió de los sucesos mexicanos a medida que se iban produciendo.

Por eso, y aunque se han utilizado otras fuentes imprescindibles para cubrir algunas lagunas, entre ellas algunos diarios de la capital que llegaban a Andalucía por suscripción, la investigación se ha centrado esencialmente en la prensa sevillana, una muestra limitada comparada con la de otras ciudades españolas —como Madrid o Barcelona—, pero considerablemente amplia en relación con la de la mayor parte de ellas.